

La verdad progresa en Inglaterra

Al mismo tiempo que Lutero daba la Biblia al pueblo de Alemania, Tyndale fue dirigido por el Espíritu de Dios a hacer lo mismo en favor de Inglaterra. La Biblia de Wiclf había sido traducida del texto en latín, que contenía muchos errores, y el costo de las copias de manuscritos era tan elevado que tenía una circulación muy limitada.

En 1516, se publicó por primera vez el Nuevo Testamento desde el griego original. Se corrigieron muchos errores de versiones anteriores y se presentó en forma mucho más clara el pensamiento original. Esto indujo a muchas personas educadas a adquirir un mejor conocimiento de la verdad, y dio un nuevo ímpetu a la obra de la Reforma. Pero la gente común todavía estaba, en gran medida, privada de la Palabra de Dios. Tyndale había de completar la obra de Wiclf de darles la Biblia a sus compatriotas.

Él predicaba valientemente sus convicciones. A la pretensión papista de que la iglesia había dado la Biblia, y que solo la iglesia podía explicarla, Tyndale respondió: “Lejos de habernos dado las Escrituras, son ustedes los que la han escondido de nosotros; son ustedes los que han quemado a quienes la enseñaban y, si pudieran, quemarían las Escrituras mismas”.¹

La predicación de Tyndale despertó gran interés, pero los sacerdotes se esforzaban por destruir su obra. “¿Qué haremos? –exclamaba él–. Yo no puedo estar en todas partes. ¡Oh! Si los cristianos poseyeran las Sagradas Escrituras en su propio idioma, podrían hacer frente a estos sofistas por sí mismos. Sin la Biblia, es imposible establecer a los laicos en la verdad”.²

Entonces, un nuevo propósito se posesionó de su mente: “¿No resonará el evangelio entre nosotros en la lengua de Inglaterra? [...] ¿Debe la iglesia tener menos luz al mediodía que en la madrugada? [...] Los cristianos deben estudiar el Nuevo Testamento en su idioma materno”.³ Únicamente mediante la Biblia las personas podrían llegar a la verdad.

Un católico erudito, al discutir con él, exclamó: “Mejor sería para nosotros estar sin las leyes de Dios que sin las del Papa”. Tyndale replicó: “Desafío al Papa y todas sus leyes; y si Dios me prolonga la vida, antes que pasen muchos

¹ D’Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century* [Historia de la Reforma del siglo XVI], lib. 18, cap. 4.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

años, haré que un muchacho que maneje el arado sepa más de las Escrituras que tú".⁴

Tyndale traduce el Nuevo Testamento al inglés

Alejado de su hogar por la persecución, Tyndale fue a Londres. Allí, por un tiempo, trabajó sin ser perturbado. Pero, de nuevo los partidarios del Papa lo obligaron a huir. Toda Inglaterra parecía estar cerrada contra él. Fue a Alemania, donde comenzó la publicación del Nuevo Testamento en inglés. Cuando se le prohibía imprimir en una ciudad, iba a otra. Por fin llegó a Worms, donde, unos pocos años antes, Lutero había defendido el evangelio ante la Dieta. En esa ciudad había muchos partidarios de la Reforma. Pronto se terminaron tres mil ejemplares del Nuevo Testamento y, en el mismo año, se hizo una nueva edición.

La Palabra de Dios fue llevada en secreto a Londres para hacerla circular, desde allí, por todo el país. Los partidarios del Papa intentaron suprimir la verdad, pero en vano. El obispo de Durham compró de un librero amigo de Tyndale todo el surtido de Biblias con el propósito de destruirlas, suponiendo que esto perturbaría la obra; pero el dinero provisto de esta manera sirvió para comprar material para una nueva edición, mejor que la anterior. Cuando Tyndale fue apresado, más tarde, se le ofreció su libertad con la condición de que revelara los nombres de los que lo habían ayudado a hacer frente a los gastos de impresión de sus Biblias. Él respondió que el obispo de Durham había hecho más que ninguna otra persona, al pagar un gran precio por los libros que quedaban disponibles.

Tyndale finalmente dio testimonio de su fe por medio del martirio; pero las armas que él preparó capacitaron a otros soldados para continuar la batalla durante siglos, aun hasta nuestro tiempo.

Latimer sostuvo desde el púlpito que la Biblia debía leerse en el lenguaje del pueblo. "No tomemos caminos laterales, sino que permitamos que la Palabra de Dios nos dirija; no sigamos [...] a nuestros padres, ni busquemos lo que ellos hicieron, sino lo que debían haber hecho".⁵

Barnes y Frith, Ridley y Cranmer, líderes de la Reforma inglesa, eran hombres de saber, y habían sido altamente estimados por su celo y piedad en la comunión de la iglesia romana. Como resultado de su conocimiento de los errores de la "santa sede", ellos se opusieron al papado.

La autoridad infalible de las Escrituras

El gran principio sostenido por estos reformadores –el mismo que sostuvieron los valdenses, Wiclef, Hus, Lutero, Zuinglio y los que estaban con ellos– era la autoridad infalible de la Escritura. Por sus enseñanzas ellos probaban todas las doctrinas y todas las afirmaciones. La fe en la Palabra de Dios sostuvo a estos hombres santos cuando entregaron su vida en la hoguera. "Ten buen ánimo –exclamó Latimer

⁴ Anderson, *Annals of the English Bible* [Anales de la Biblia inglesa] (ed. revisada, 1862), p. 19.

⁵ Hugh Latimer, "First Sermon Preached Before King Edward VI" [Primer sermón predicado ante el rey Eduardo VI].

dirigiéndose a su compañero en el martirio cuando las llamas estaban por silenciar sus voces—, en este día encenderemos una luz que, por la gracia de Dios, confío en que nunca se apagará en Inglaterra”.⁶

Durante cientos de años después de que las iglesias de Inglaterra se sometieran a Roma, las de Escocia mantuvieron su libertad. Sin embargo, en el siglo XII se estableció el papismo, y en ningún país llegó a ser tan tenebroso. Aun así, algunos rayos de luz llegaron para atravesar las tinieblas. Los loldos, al llegar de Inglaterra con la Biblia y las enseñanzas de Wiclef, hicieron mucho para preservar el conocimiento del evangelio. Con el comienzo de la Reforma llegaron los escritos de Lutero y el Nuevo Testamento de Tyndale. Estos mensajeros atravesaron silenciosamente las montañas y los valles, y avivaron tanto la antorcha de la verdad que casi extinguió la obra destructora hecha durante cuatro siglos de opresión.

Entonces, los dirigentes papales, despertando de repente al peligro, mandaron a la hoguera a algunos de los más nobles hijos de Escocia. Los testigos que deponían su vida en el martirio por todo el país inspiraron el alma del pueblo con un propósito decidido de librarse de las cadenas de Roma.

Juan Knox

Hamilton, Wishart y una larga lista de discípulos más humildes depusieron su vida en la hoguera. Pero, desde la pira ardiente de Wishart, salió un héroe a quien las llamas no habrían de silenciar; uno que, bajo la dirección de Dios, habría de dar el golpe de muerte al papismo en Escocia.

Juan Knox se apartó de las tradiciones de la iglesia para alimentarse de las verdades de la Palabra de Dios. Las enseñanzas de Wishart lo confirmaron en su determinación de abandonar a Roma y unirse a los reformadores perseguidos.

Sus compañeros lo instaban a predicar, pero Knox, tembloroso, no se atrevía a asumir esta responsabilidad. Solamente después de días de penoso conflicto consigo mismo, consintió en hacerlo. Después de haber aceptado, sin embargo, avanzó con valor inquebrantable. Este reformador, totalmente sincero, no temía hacerle frente al ser humano. Cuando tuvo que comparecer cara a cara ante la reina de Escocia, no pudo ser convencido con halagos, ni tampoco se acobardó frente a las amenazas. Knox había enseñado al pueblo a recibir una religión prohibida por el Estado —declaró la reina—, y con ello había transgredido el mandamiento de Dios que exige que los súbditos obedezcan a sus príncipes. Knox respondió con firmeza: “Si toda la simiente de Abraham hubiera pertenecido a la religión de Faraón, del cual eran súbditos los israelitas, le pregunto con respeto, señora, ¿qué religión habría en el mundo? O si todas las personas en los días de los apóstoles hubieran sido de la religión de los emperadores romanos, ¿qué religión existiría hoy en día sobre la faz de la Tierra?”

María respondió: “Tú interpretas las Escrituras de una manera, y ellos [los católicos romanos] la interpretan de otra manera; ¿a quién creeré yo, y quién será el juez?”

⁶ *Works of Hugh Latimer* [Obras de Hugo Latimer], t. 1, p. xiii.

“Su Majestad debiera creer en Dios, que habla con claridad en su Palabra –respondió el reformador–. [...] La Palabra de Dios es clara en sí misma; y si aparece alguna oscuridad en algún lugar, el Espíritu Santo, que nunca se contradice a sí mismo, la explicará más claramente en otros lugares”.⁷

Con valor indomable, el valiente reformador, corriendo peligro de vida, se mantuvo firme en su propósito hasta que Escocia se vio libre del papismo.

En Inglaterra, cuando se estableció el protestantismo como religión oficial, disminuyó la persecución, pero esta no se detuvo por completo. Se retuvieron no pocas de las formas usadas por Roma. Se rechazó la supremacía del Papa, pero en su lugar se entronizó al monarca como cabeza de la iglesia. Todavía existía una gran desviación de la pureza del evangelio. No se entendía todavía la libertad religiosa. Aunque los gobernantes protestantes recurrían solo raramente a las horribles crueldades empleadas por Roma, todavía no se reconocía el principio de que cada persona debe adorar a Dios de acuerdo con su propia conciencia. Los que no estaban de acuerdo sufrían y continuaron sufriendo la persecución durante centenares de años.

Miles de pastores expulsados

En el siglo XVII, miles de pastores fueron expulsados de sus cargos, y se prohibió que el pueblo asistiera a reuniones religiosas a menos que estuvieran aprobadas por la iglesia. En las ocultas profundidades del bosque, esos perseguidos hijos de Dios se reunían para volcar sus almas en oración y alabanza. Muchos sufrieron por su fe. Las cárceles se llenaron, y muchas familias fueron desintegradas. Sin embargo, la persecución no pudo silenciar el testimonio. Muchos fueron impulsados a cruzar el océano para llegar a América y allí establecer los fundamentos de la libertad civil y religiosa.

En un calabozo colmado de criminales, Juan Bunyan respiraba la atmósfera del Cielo y escribió su maravillosa alegoría referente al viaje del peregrino desde la Tierra de Destrucción a la Ciudad Celestial. *El progreso del peregrino* y *Gracia abundante para el mayor de los pecadores* han guiado muchos pies al camino de la vida.

En una hora de tinieblas espirituales, Whitefield y los hermanos Wesley apreciaron como portaantorchas de Dios. Bajo la iglesia establecida, el pueblo había caído en un estado que apenas se distinguía del paganismo. Las clases más elevadas despreciaban la piedad; las clases más humildes eran abandonadas en el vicio. La iglesia no tenía el valor ni la fe para sostener la causa derruida de la verdad.

La justificación por la fe

Se había perdido de vista casi totalmente la gran doctrina de la justificación por la fe, tan claramente enseñada por Lutero. El principio romanista de confiar en las buenas obras para la salvación había ocupado su lugar. Whitefield y los Wesley buscaban sinceramente el favor de Dios. Este, según les había enseñado, debía obtenerse por la virtud y la observancia de las ordenanzas de la religión.

⁷ David Laing, *The Collected Works of John Knox* [Las obras recopiladas de Juan Knox], t. 2, pp. 281, 284.

En cierta ocasión en que Carlos Wesley cayó enfermo y pensaba que estaba próximo su fin, se le preguntó en qué descansaba su esperanza de la vida eterna. Su respuesta fue: “He hecho cuanto he podido por servir a Dios”. El amigo no parecía satisfecho con esta contestación. Wesley pensó: “¡Qué! [...] ¿Ha de despojarme él de mis esfuerzos? No tengo otra cosa en la que confiar”.⁸ Estas eran las tinieblas que se habían asentado sobre la iglesia y habían apartado a los seres humanos de la única esperanza de salvación: la sangre del Redentor crucificado.

Wesley y sus asociados fueron llevados a ver que la Ley de Dios se extendía hasta abarcar los pensamientos al igual que las palabras y las acciones. Mediante esfuerzos diligentes y acompañados de oración, se esmeraban por subyugar los males del corazón natural. Vivían una vida de abnegación y humillación, observando con exactitud cada exigencia que, pensaban, podía serles de ayuda para obtener esa santidad que pudiera lograr el favor de Dios. Pero en vano se esforzaron por librarse de su sentido de condenación del pecado o por quebrantar su poder.

El fuego de la verdad divina, casi completamente extinguido sobre el altar del protestantismo, sería encendido de nuevo por la antigua antorcha custodiada por los cristianos de Bohemia. Algunos de estos, que habían hallado refugio en Sajonia, mantenían la fe antigua. Y, por medio de estos cristianos, la luz le llegó a Wesley.

Juan y Carlos fueron enviados en una misión a América. En el barco había un grupo de moravos. Se desataron violentas tempestades, y Juan, cara a cara con la muerte, sintió que no tenía la seguridad de la paz de Dios. En cambio, los alemanes manifestaron una calma y una confianza desconocidas para él. “Yo había observado –escribió–, mucho tiempo antes, el gran fervor de su comportamiento. [...] Ahora había una oportunidad de probar si realmente estaban libres del espíritu de temor, así como del espíritu de orgullo, de odio y de venganza. En medio del Salmo con el que comenzaban su servicio religioso, se desató una tormenta; la vela mayor se hizo añicos y cubrió el barco, y el mar se derramó sobre las cubiertas como si el profundo abismo ya nos hubiera tragado. Los ingleses prorrumpieron en terribles gemidos. Los alemanes continuaron cantando con tranquilidad. Le pregunté a uno de ellos más tarde: ‘¿No tenía usted miedo?’ Él respondió: ‘Agradezco a Dios que no tenía miedo’. Yo pregunté: ‘Pero, sus mujeres y sus niños ¿no tenían miedo?’ Él contestó con calma: ‘No, nuestras mujeres y nuestros niños no tienen miedo de morir’ ”.⁹

La conversión de Wesley

Tras regresar a Inglaterra, Wesley llegó a una comprensión más clara de la fe bíblica guiado por la instrucción de un moravo. En una reunión de la sociedad morava que se realizaba en Londres se leyó una declaración de Lutero. Mientras Wesley escuchaba, la fe se encendió en su alma. “Sentí calentarse mi corazón de un modo extraño –dice él–. Sentí que confiaba en Cristo, solamente en Cristo,

⁸ John Whitehead, *Life of the Rev. Charles Wesley* [La vida de Rev. Carlos Wesley], p. 102.

⁹ *Ibid.*, p. 10.

para la salvación; y me fue dada la seguridad de que él había limpiado mis propios pecados, y me había salvado de la ley del pecado y de la muerte”.¹⁰

Ahora Wesley encontró que la gracia, que él se había esforzado por ganar mediante oraciones, ayunos y abnegación propia, era una dádiva que se recibía “sin pago alguno”. Toda su alma ardía con el deseo de esparcir por doquiera el evangelio glorioso de la gracia gratuita de Dios. “Considero el mundo entero como mi parroquia –dijo–; en cualquier parte del mundo creo que es adecuado, es correcto y es mi obligación comunicar el evangelio a todos los que estén dispuestos a escuchar las buenas nuevas de la salvación”.¹¹

Continuó su vida estricta y de abnegación, pero no considerándola ahora como la razón, sino como el resultado de la fe; no como la raíz, sino como el fruto de la santidad. La gracia de Dios en Cristo se manifiesta en obediencia. Wesley consagró su vida a predicar las grandes verdades que había recibido: la justificación por la fe y la sangre redentora de Cristo, y el poder renovador del Espíritu Santo en el corazón, que produce frutos en una vida que sigue el ejemplo de Cristo.

Los compañeros de Whitefield y de los Wesley que no creían los llamaban con desprecio “metodistas”, un nombre que actualmente se considera respetable. El Espíritu Santo instó a estos reformadores a predicar a Cristo y a él crucificado. Miles se convirtieron de corazón. Era necesario que estas ovejas fueran protegidas de los lobos rapaces. Wesley no tenía planes de formar una nueva iglesia, pero los organizó en lo que se llamó la Conexión Metodista.

Misteriosa e irritante fue la oposición que estos predicadores encontraron por parte de la iglesia establecida; sin embargo, la verdad encontró puertas abiertas que de otra manera permanecerían cerradas. Algunos de entre el clero se despertaron de su estupor moral y llegaron a ser celosos predicadores en sus propias parroquias.

En los tiempos de Wesley, hombres que tenían diferentes dones no estaban de acuerdo en todo punto de doctrina. Las diferencias entre Whitefield y los Wesley amenazaron en una ocasión con crear separación entre ambos grupos, pero debido a que aprendieron la unidad en la escuela de Cristo, la tolerancia y el amor fraternal los reconciliaron. No tenían tiempo para discutir en tanto que el error y la iniquidad prevalecían por doquiera.

Wesley escapa de la muerte

Hombres de saber y de talento emplearon su influencia contra ellos. Muchos eclesiásticos manifestaron hostilidad, y las puertas de las iglesias se cerraron contra la fe pura. El clero, denunciándolos desde el púlpito, despertó los elementos de las tinieblas y la iniquidad. Una y otra vez Juan Wesley escapó de la muerte por milagro de la misericordia de Dios. Cuando parecía que no había manera de escapar, un ángel en forma humana llegaba a su lado, la multitud se retiraba, y el siervo de Cristo salía ileso del peligro.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 52.

¹¹ *Ibíd.*, p. 74.

Acerca de una de estas ocasiones en que fue librado, Wesley dijo: “Aunque muchos se esforzaron por sujetarme del cuello o por tomarme de la ropa para derribarme, no lo lograban; uno solo logró asirse de uno de los bolsillos de mi chaleco, que quedó en sus manos; pero en el bolsillo del otro lado, en el que había un billete, no arrancó más que la mitad. [...] Un hombre robusto que venía detrás me dirigió repetidos golpes con una gran vara de roble; si hubiera logrado golpearme con ella una sola vez en la nuca, él no habría tenido más problemas. Pero, cada vez que lanzaba un golpe, la vara se le desviaba a un lado, no sé cómo, pues yo no podía moverme ni hacia la derecha ni hacia la izquierda”.¹²

Los metodistas de aquellos días soportaron el ridículo y la persecución y, a menudo, la violencia. En algunos casos se colocaban carteles públicos convocando a que se reunieran en un determinado tiempo y lugar los que desearan romper las ventanas y robar las casas de los metodistas. Se realizó una persecución sistemática contra un pueblo cuya única falta consistió en llamar a los pecadores a la senda de la santidad.

La decadencia espiritual que reinaba en Inglaterra, justamente antes del tiempo de Wesley, era en gran parte el resultado de la enseñanza de que Cristo había abolido la Ley Moral y que los cristianos no estaban bajo ninguna obligación de obedecerla. Otros declaraban que era innecesario que los ministros exhortaran al pueblo a la obediencia de los preceptos divinos, puesto que aquellos a quienes Dios había elegido para la salvación serían “conducidos a la práctica de la piedad y la virtud”, en tanto que los que estaban condenados a la eterna reprobación “no tenían el poder de obedecer la Ley divina”.

También había quienes, sosteniendo que “los elegidos no podían caer de la gracia ni perder el favor divino”, llegaron a la terrible conclusión de que “las acciones malvadas que cometían no eran realmente pecaminosas [...] y que, en consecuencia, no tenían motivo ni de confesar sus pecados ni de abandonarlos por el arrepentimiento”.¹³ Por lo tanto, declaraban ellos, aun uno de los pecados más groseros, “considerado universalmente como una enorme violación de la Ley divina, no es pecado a la vista de Dios” si lo comete uno de los elegidos, porque “ellos no pueden hacer nada que sea desagradable para Dios o prohibido por la Ley”.

Estas doctrinas monstruosas son esencialmente lo mismo que la enseñanza posterior de que no existe una ley divina inmutable como norma de la justicia, sino que la moralidad es algo establecido por la sociedad misma y constantemente sujeta a cambios. Todas estas ideas están inspiradas por aquel que entre los habitantes perfectos del Cielo comenzó su obra de quebrantar las justas restricciones de la Ley de Dios.

La doctrina de que los decretos divinos fijan en forma inalterable el carácter de los seres humanos había llevado a muchos a rechazar la Ley de Dios. Wesley se oponía resueltamente a esta creencia que llevaba al antinomianismo. “Dios ha

¹² John Wesley, *Works* [Obras], t. 3, pp. 297, 298.

¹³ McClintock & Strong, *Cyclopedia* [Enciclopedia], art. “Antinomians” [Antinomianos].

manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación” (Tito 2:11). “Dios nuestro Salvador [...] quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad. Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, quien dio su vida como rescate por todos” (1 Timoteo 2:3-6). Cristo es “la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo” (S. Juan 1:9, RVA 2015). Los seres humanos dejan de ser salvos cuando por su propia voluntad rechazan el don de la vida.

En defensa de la Ley de Dios

En respuesta a la pretensión de que con la muerte de Cristo los Diez Mandamientos habían sido abolidos junto con la ley ceremonial, Wesley dijo: “La Ley Moral, contenida en los Diez Mandamientos y defendida por los profetas, no fue abolida por Jesús. Esta es una ley que nunca podrá ser quebrantada, que ‘está establecida como un fiel testigo en el Cielo’”.

Wesley declaró la perfecta armonía de la Ley y el evangelio. “Por un lado, la Ley conduce continuamente y señala al evangelio; por el otro, el evangelio continuamente nos conduce a un cumplimiento más estricto de la Ley. La Ley, por ejemplo, requiere de nosotros que amemos a Dios, que amemos a nuestro prójimo, que seamos mansos, humildes y santos. Nosotros sentimos que no tenemos la capacidad de hacer estas cosas [...] pero vemos la promesa de Dios de darnos ese amor, y de hacernos humildes, mansos y santos: echemos mano de este evangelio, de estas buenas nuevas [...] ‘las justas demandas de la ley se cumplen en nosotros’, por la fe que es en Cristo Jesús [...]”.

“Entre los enemigos más encarnizados del evangelio de Cristo –decía Wesley– están aquellos que [...] enseñan a los seres humanos a quebrantar [...] no solamente uno de los Mandamientos, aunque fuera el menor o el mayor, sino todos los Mandamientos a la vez. [...] Estos honran a Dios como Judas lo hizo cuando dijo: ‘¡Salve, Maestro! Y lo besó’. [...] No constituye otra cosa que traicionar a Cristo con un beso hablar de su sangre y despojarlo al mismo tiempo de su corona; despreciar cualquier parte de su Ley con el pretexto de hacer avanzar su evangelio”.¹⁴

La armonía entre la Ley y el evangelio

A los que insistían en que “la predicación del evangelio satisface todas las exigencias de la Ley”, Wesley replicó: “No satisface ni siquiera el primer fin de la Ley, a saber, convencer a los seres humanos de pecado, despertar a los que todavía duermen al borde del infierno. [...] Es absurdo, por lo tanto, ofrecer un médico a los que están sanos, o que a lo menos se imaginan estar en esa condición. Primero usted tiene que convencerlos de que están enfermos; de otra manera no le agradecerán por su trabajo. Es igualmente absurdo ofrecerles a Cristo a aquellos cuyo corazón aún no ha sido quebrantado”.¹⁵

¹⁴ Wesley, Sermón 25.

¹⁵ Wesley, Sermón 35.

Mientras predicaba el evangelio de la gracia de Dios, Wesley, así como su Maestro, trataba de “hacer su ley grande y gloriosa” (Isaías 42:21). Gloriosos fueron los resultados que se le permitió observar. Al final de más de medio siglo invertido en su ministerio, sus adherentes eran más de medio millón. Pero nunca se conocerá la multitud que, a causa de sus esfuerzos, había sido elevada de la degradación del pecado a una vida más elevada y más pura, hasta que toda la familia de los redimidos se reúna en el Reino de Dios. Su vida presenta una lección de valor incalculable para todo cristiano.

¡Ojalá que la fe, el celo incansable, la abnegación y la devoción de este siervo de Cristo se reflejen en las iglesias de nuestros días!